

Hojas preteridas

Andrés Henestrosa*

lescencia e inoperancia de las distintas empresas estatales y sus respectivos proyectos de nación, es la ausencia de una confianza en las energías de la sociedad, en su capacidad de recomponerse y restaurar una sujetidad. Confundiéndola con la nación que le dio por tanto tiempo configuración y existencia histórica "real", los individuos de hoy perciben a su sociedad como agotada, carente de voluntad y de perspectivas, y se perciben a sí mismos como elementos de una socialidad puramente privada y fugaz, conectados entre sí en el plano de lo público y permanente de manera sólo casual por el mecanismo ciego —posiblemente autodestructivo— de la "aldea global" tecnológica financiera.



¡A esconderse, que ahí viene la basura!

Rápido, no sea que nos recoja y nos lleve adonde nos corresponde: al basurero, al barranco de los desperdicios. La autoconciencia alegre, autosatírica, como conciencia de la inferioridad de clase, de etnia, de "nivel cultural", de adscripción moral, de nivel ontológico. Somos lo último, lo no reciclable, lo plenamente prescindible. Pero una autoconciencia que no se abruma sino se rescata. Y que se rescata en el otro escenario, el festivo-estético, dejando de lado, tal vez no con desdén pero sí con humor, el escenario de lo real, donde reinan los triunfadores. Autoconciencia que llega bailando el cha-cha-chá. ◀

Nunca se puede decir, en puridad, que se tienen las obras completas de un autor, sobre todo en su primera edición. Siempre quedará una hoja preterida, olvidada, pasada por alto; eso por meticoloso y esmerado que sea el compilador, el recolector. Pongamos un ejemplo, uno solo, el de Justo Sierra, cuyas obras fueron recopiladas por los más señalados investigadores mexicanos, no sólo sus lectores, admiradores, y celosos de editarlo, atentos a su buen nombre y memoria. No faltó quien descubriera algunos de sus textos olvidados, desconocidos, perdidos en periódicos y revistas de efímera vida, cuando no calzados con seudónimo, algunos no identificados como suyos; es el caso de Justo Sierra.

Yo, que soy un simple curioso de nuestras letras, descubrí hasta tres piezas no identificadas de Sierra por encontrarse firmadas con seudónimos curiosos, de difícil identificación, y uno de ellos hasta femenino. Otro tanto hicieron otros, éstos sí estudiosos de nuestras letras. José Luis Martínez, uno de los encargados de reunir las *Obras completas* de Sierra, dio con más hojas desconocidas, que sumadas a las ya referidas, dieron para un nuevo volumen.

Otro caso hay, parecido al que acabamos de referirnos: aquél de las hojas sueltas que el autor, deliberadamente, pospuso, por no decir que postergó, que algo tiene de peyorativo. ¿Por qué? Acaso, creo yo, porque siendo versión de un mismo asunto prefirió la que encontró mejor realizada y cumplida. Es el caso de

* Poeta y escritor. En diciembre pasado recibió la Medalla de Oro de Bellas Artes que otorga el Conaculta



Félix Oliva, Perú

un texto de Luis Cardoza y Aragón, referido a mi matrimonio. En su libro de memorias, *El río*, Cardoza, de las dos versiones, olvidó la primera, la publicada en julio de 1940, un mes después de mis bodas y que fue recogida en *Alfa y Andrés Henestrosa cuarenta años ha...* No son idénticas, pero casi, las dos versiones, y Luis Cardoza y Aragón perfirió una, la que se encuentra en *El río*.

Con estas hojas sueltas, olvidadas, preteridas, me he propuesto una suerte de rescate, que bien lo merecen, y corresponden a la buena fama de sus autores. Con estas piezas me propongo realizar una suerte de rescate de textos negados por su autor. Allí tendrán un lugar algunas de las hojas olvidadas, ya aludidas. Serán, a mi entender, que si no es saber es leal, a más de curioso, entretenido y parte de nuestra literatura.

Por hoy, hasta aquí, ésta a guisa de prólogo de las *Hojas preteridas*, que pretendo reunir y publicar. ◀